

la santa virginidad es propiamente el ojo más brillante de la Iglesia; ojo vivo, penetrante y agradable. El abad Ruperto añade, que el cabello que fluctúa en el cuello de la Esposa, significa su humildad; humildad uniforme é igual en toda su extensión, como un cabello; humildad que se tiene en menos, y aparenta menos importancia que un cabello; humildad más flexible y dócil que un cabello; humildad que cubre la cerviz, asiento de la obediencia cuando la inclina á la sumisión perfecta. Así es como María, predestinada á ser Esposa del Espíritu Santo, se muestra digna, en cuanto puede serlo una criatura, de tan celeste é inefable desposorio.

Ahora conviene que sepamos, y que no olvidemos jamás, otra cosa no menos positiva, y es: que el alma fiel es asimismo llamada en los sagrados Libros Esposa del Espíritu Santo, el cual desciende á ella, y en su interior fija la morada. San Pablo es quien así lo afirma; «¿No sabéis, dice, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo..... y templos del Espíritu Santo que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis?» (I. COR., VI.) Esta dichosa unión la realizó el Espíritu Santo por medio del Bautismo. ¿La hemos roto desgraciadamente por la culpa? No es difícil conocer si vive. El Espíritu Santo se une al alma fiel para hacerla fecunda. El alma unida al Espíritu Santo procrea espiritualmente. ¿Qué es lo que ha de nacer de ella? Jesucristo. ¿No decimos á María, «bendito el fruto de tu vientre, Jesús?» Pues bien: ¿cuáles deben ser los frutos de bendición que Dios espera de nosotros? Uno solo nos pide; Dios quiere que produzcamos á Jesús, esto es: el espíritu de Jesús, los sentimientos de Jesús, el lenguaje de Jesús, la vida de Jesús. Sí, H. M.; el Espíritu Santo se da en calidad de esposo á nuestra alma, para que nuestra alma dé la vida á Jesús; primero dentro de sí misma, como María, por espacio de nueve meses; y luego fuera de ella, comunicándolo á los otros, como la Santísima Virgen dió su hijo al mundo entero. ¡Oh! ¿Quién comprenderá estas cosas? ¿Quién las sentirá dignamente?

Mas para que un alma sea verdaderamente esposa del Espíritu Santo, y á consecuencia de este desposorio, sea capaz de dar á luz á Jesucristo, es indispensable que, como María, ofrezca al divino Esposo una dote digna, dote que consiste en la pureza y en la humildad. Quien carezca de estos dos bienes tan esenciales para la vida espiritual, vanamente estará persuadido de que vive y obra por el Espíritu Santo; vanamente, porque nunca llegará á nacer de él Jesucristo.

Dulcísima María, tierna y cariñosa Madre; cubridnos con vuestro manto, y haced que respiremos el aroma suavísimo que de vos se desprende. Sólo así llegaremos á amar las admirables virtudes que os hicieron digna de ser Esposa del Espíritu Santo.

COULIN.

DISCURSO.

PARA EL DÍA 2 DE MAYO.

MISIÓN DE MARÍA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Dios llama á María asociándola á las obras del Salvador Jesucristo.

SUBDIVISIONES.—1. Nada ha sido hecho sin el Verbo, ni rehecho sin María.—2. Misión de María según las promesas, las figuras de la Santa Biblia y la economía de la Providencia.

PUNTO SEGUNDO.—María cumplió fielmente su misión.

SUBDIVISIONES.—1. Acompañando á su hijo al Calvario.—2. Adoptándonos por hijos.

Mater Jesu.
Madre de Jesús.

(JOAN. II, 1.)

TODAS las grandezas de María que la Iglesia celebra, todas sus glorias, todo su esplendor, se hallan comprendidos en estas pocas pero fecundísimas palabras del Evangelio que expresan su más excelso título: Madre de Dios, *Mater Jesu*. Nada puede decirse en alabanza de la Santísima Virgen, ni más hermoso ni más honorífico, bien sea que consideremos esta dignidad en sí misma, bien que fijemos la vista en los privilegios gloriosísimos de que esa misma dignidad es fundamento y origen. Si miramos únicamente la cualidad de Madre de Dios, descubriremos en ella la gloria más grande que criatura alguna pueda recibir. Y si observamos el carácter de Mediadora que tan magníficamente acompaña á este inefable título, comprendemos cuánto ha querido elevar á María Jesucristo, cuán augusta es su Madre, y cuán unida está en caridad á su Dios; todo tan cumplidamente, que con razón el Evangelio ha resumido todas sus grandezas diciendo de María que es Madre de Jesús: *Mater Jesu*.

Hay nombres augustos, A. H. M., que por todas partes llevan el testimonio de su dignidad. Entre estos nombres, el primero es el de Dios y el segundo el de María, que no reconoce otro superior al suyo fuera del nombre del Altísimo. No penséis por esto que voy á detenerme largamente discurrendo acerca de la Divina Maternidad de la

Santísima Virgen. Sé que no hay persona que deje de comprender desde luego la excelencia de esta dignidad, puesto que con sólo decir Madre de Dios, se da idea de la más feliz y más perfecta de las criaturas. En lo que principalmente me propongo hacer alto, es en que el nombre de Madre de Jesús no fué bajo ningún concepto estéril para la que lo llevó, en razón á que si María tuvo el poder de dar al mundo un Salvador, éste, devolviendo á María su fecundidad, la reviste, junto con una brillante auréola de gloria, del augusto carácter de Mediadora. Desde aquí tiene que dominar mi discurso un grande é inmutable principio, el principio sentado por el Apóstol cuando dijo: Un solo Dios, un solo Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo: *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus*. En Jesús y por Jesús solamente somos salvos. Hé aquí la verdadera doctrina. Pero la mediación de María, tal como la Iglesia católica la entiende, no fué extraña á la obra de nuestra salvación. Si no fué instrumento necesario, tampoco fué instrumento ciego, porque María cooperó á las miras de su divino Hijo y tomó parte en sus sacrificios. El misterio de la Redención, fecundado en María, se dilató por influencia suya, de manera que, por una disposición enteramente providencial, en armonía con el poder de la maternal mediación de la Santísima Virgen, es la que obtiene para nosotros y nos prodiga todas las gracias de Jesucristo, como Mediadora que es por gracia, y Mediadora de intercesión, ya que Jesucristo es Mediador por su propia naturaleza y por su poder divino. María es, pues, indudablemente Mediadora, y tanto, que los Santos Padres se hallan unánimes en mostrarnos á la Madre de Jesús concurriendo á la redención de la humanidad, no porque su concurso fuese necesario, sino porque quiso Dios elevar á su Madre á la dignidad de cooperadora suya.

Hé aquí lo que distingue á la Santísima Virgen de los demás Santos; hé aquí lo que la coloca sobre los mismos ángeles. No sólo hay en María más santidad que en todos ellos, sino que entre las grandezas celestiales, únicamente la de María es de un orden especial; es una grandeza de carácter único, y por lo mismo, no pueden compararse con aquéllas. Hé aquí la razón de que la Iglesia honre á la Santísima Virgen con un culto particular, considerándola como Mediadora entre Jesucristo y nosotros, de lo cual dice San Anselmo: ¡Oh Mujer, que traes el remedio contra el infierno, que conculcas á los demonios y salvas á los hombres! «*O Femina, per quam inferna remediatur, demones conculantur, homines salvantur.*»

Tal es la doctrina que me propongo desenvolver para vuestra enseñanza. Y á fin de no proponeros cosa alguna que no sea digna de esta augusta Reina, os haré ver, primeramente, á Dios llamando á María y asociándola desde el origen de los tiempos al misterio reparador de Jesucristo; y en segundo lugar, á María respondiendo á la vocación de Dios y viniendo á llenar dignamente su carácter de Mediadora. Mediación de María proclamada por el Todopoderoso y por

el gran corazón de esta Virgen fiel: hé aquí el asunto y orden de m razonamiento.

Para comenzar desde luego, oh Virgen Santísima, el himno de vuestras grandezas, os saludamos con la alabanza bajada del Cielo y sólo digna de volver á el:

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

En vano genios tímidos ó preocupados no quisieron ver en María más que un simple instrumento de la salvación de los hombres, ni otra cosa que una Madre, digámoslo así, material de Dios, y nó una mediadora entre Jesucristo y nosotros. No es así como Dios ha tratado á su Madre. El Señor no tomó de ella solamente la vida, sino que la comunicó la suya; y hallando á María digna de tan augusta maternidad, se complació en completar sus dones, asociándola á su ministerio reparador. Y ciertamente que, si la grandeza de una criatura consiste en su unión con Dios, cuanto más íntima y completa sea ésta, más grande y elevada hace á la criatura. Ahora bien: María, nos dice San Bernardo, lo dió todo á Dios; dióse á sí misma y sin reserva, por lo cual Dios no pudo rehusarla cosa alguna. Que es como si este Santo Padre nos dijese: Semejante engrandecimiento de la Virgen Santísima era posible, puesto que dependía de la libre voluntad de Dios: si era, pues, posible, Dios la concedió á María. De este modo, la Santísima Virgen no vió solamente á Dios nacer de su seno, como lo vió Belén, porque la Virgen no es un lugar insensible, un espacio inanimado que Dios escogió para presentarse al mundo; fué Madre por la inteligencia, tanto como por la voluntad; Madre Purísima y Santísima, digna bajo todos conceptos del Dios que la visitaba. Entre ella y su divino Hijo existió la unión más íntima y entera, una conformidad de pensamientos y afectos tal, que la vida de la Madre del Mediador debía ser lo que ha sido: una vida de Mediadora.

En otras ocasiones, para sentar ciertas verdades, no puede echarse mano sino de uno que otro texto de los sagrados Libros, ó servirse de algún monumento de la tradición; pero en ésta abundan los conceptos, ora se tomen del plan ó de la economía de la Providencia, ora de la historia de la Religión, ora del principio, del fin ó de todo el conjunto de las Escrituras. Jamás se ha mostrado Dios más pródigo de testimonios y favores, que cuando se ha tratado de su Madre. Por eso, uno de los más famosos incrédulos, á quien la penetración, el talento y la copia de sus conocimientos hacían tal vez más justo en sus juicios de lo que él quería, el tristemente célebre Bayle, se vió forzado á confesar, que la mediación de María, y por consiguiente, el culto particular que la Iglesia católica hace profesión de tributarla, emanan necesariamente de su cualidad, una vez admitida, de Madre

de Dios. Pero dejemos los dictámenes de escritores profanos, y escuchemos la voz de Dios, que es la que con más claridad nos revela la providencia de sus consejos acerca de María.

En las promesas, en las figuras, en la preparación de los pueblos, en el misterio de la Encarnación, en todas partes, se deja ver María asociada á los grandes designios del Salvador del mundo. Para tomar el razonamiento desde el primer origen, porque en el primer origen de los tiempos fué María revelada al género humano; ya sabéis, H. M., que después de arrojar Dios del Paraíso al primer hombre, colocó un Querubín, armado de una espada de fuego, para que impidiese la entrada en él; fuego que significaba profundamente otro fuego que nos amenazaba, así como el ángel significaba á otro ángel autor de nuestra caída, que la fé nos descubre, no á la puerta del Paraíso terrenal, sino á la del Paraíso celeste. Allí, allí le veo aplaudiéndose por la victoria y dándose aire de triunfo en su maldad por la desgracia causada al hombre precipitándolo en el pecado. Pero también escucho palabras que salen de la boca de Dios, cayendo sobre el espíritu infernal como encendidos rayos; palabras que necesariamente habrán de cumplirse. «Pondré, le dice el Altísimo, enemistades entre tí y la mujer, entre su raza y la tuya; ella aplastará tu cabeza:» *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum.* ¿Lo oís, cristianos? El misterio del pensamiento de Dios se despliega; Jesús y María son anunciados al mundo, y anunciados ámbos á dos con el título de Mediadores, en términos que, con el fin de que nadie pueda dudar de que María ejecutará con Jesús esta obra divina, se dice que ella será la que aplaste la cabeza á la serpiente: *Ipsa conteret caput tuum.* Junto con su maternidad se revelan al mundo su mediación y sus combates con el infierno. Hé aquí, pues, el germen de nuestra salvación, y al mismo tiempo el principio del poder y de la grandeza de María; hé aquí la aurora de sus resplandores y como el primer paso en el camino de su gloria.

Detengámonos un momento, H. M., en este primer testimonio del cual serán los demás el desenvolvimiento y las consecuencias, y consideremos cómo se encadenan mutuamente en los designios del Omnipotente los gloriosos títulos de Madre de Dios y Mediadora de los hombres.

Oigamos á San Agustín. «Del mismo modo, dice, que ninguna cosa de cuantas hay hechas se ha hecho sin el Verbo, así también ninguna de las que se han rehecho se han rehecho sin María.» Tal es la doctrina expresa de este grande Obispo, reproducida en los mismos términos por San Bernardo, y adoptada por todos los Padres y Doctores de la Iglesia. Retened bien en la memoria estas palabras que otra vez repito: *Nada ha sido hecho sin el Verbo; y nada ha sido rehecho sin María.* ¿De qué nueva obra se trata, H. M., para que así la ensalcen á porfía tan elocuentes y santas voces como forman este admirable concierto? Se trata de la obra de rehacer al hombre á la imagen y semejanza de Dios. ¿Qué había, en efecto, que rehacer en el mundo,

sinó lo que el pecado había deshecho; esto es, la imagen divina borrada, y la semejanza con Dios desfigurada en el hombre? Pues bien: María es la elegida por el Eterno para que trabaje con él en esta nueva creación, así como el Verbo había obrado con él en la grande obra de la creación primera. ¡Cómo! se me dirá: ¿pues no es inmensa la distancia que hay entre una criatura, sea quien quiera, y una empresa de tal índole? ¿Qué manos puede haber tan puras, tan potentes, y, áun diría, tan creadoras, que sean capaces de imprimir en la frente degradada del hombre el carácter antiguo de su dignidad? Semejante empresa corresponde manifiestamente á solo Dios. Así es en realidad, contesto: la sangre de Jesucristo, solamente la sangre de ese divino Cordero, es la que puede marcarnos con el signo de salvación. ¿Pero dónde está esta sangre, dónde el divino Cordero, que todavía no han aparecido? ¡Oh, María! A vos sola es á quien toca dar nacimiento al Cordero, y entregarnos su sangre reparadora; porque no basta que el Cordero venga al mundo, sinó que es preciso que se sacrifique; y á vos, oh María, os corresponde, así el criarlo como el inmolarlo, á fin de que no permanezcáis extraña á su sacrificio, y pueda decirse con verdad, que nada de lo rehecho se ha rehecho sin María. Además, la sangre de Jesucristo está en la vuestra, es vuestra propia sangre, de modo que no será vertida en la cruz sin vuestro permiso, sin que vos la entreguéis en cesión á la tierra y en ofrenda al Cielo. Tan positivo es esto, que antes de que concibáis á vuestro adorable Hijo, veréis cómo Dios mismo pide vuestro consentimiento. ¿Qué consentimiento es éste? me preguntaréis, cristianos. ¿Por ventura necesita Dios, cuando le place unir una vida humana á su vida divina, bajarse á preguntar á la criatura si tiene á bien ser su Madre? ¿Es preciso que la salvación del mundo quede en suspenso, y como balanceándose, según la figura que usa Bossuet, y toma de los Santos Padres, hasta tanto que la Mujer haya pronunciado una palabra? ¡Oh! Debo responder á vuestra observación, H. M., que en éso se encierra otro misterio; el misterio de los dolores y de los sacrificios; el misterio de la mediación de María. Dios no quiere engañar al corazón de una Madre, al corazón más sensible y el más feliz que debe salir de sus divinas manos; y hé aquí por qué hace brillar anticipadamente á los ojos de María el cuchillo de la pasión, con el fin de saber si este cuchillo la espantará, haciéndola retroceder. Más claro: quiere Dios ver si María consiente en ser tan llena de dolores como lo está de gracias, y en constituirse Mediadora de los hombres, al mismo tiempo que es Madre de Dios. No es otra la causa de haberse hecho, digámoslo así, propuestas de parte de Dios á María, y de haber querido el Espíritu Santo como estipular previamente con su Esposa.

Madre de Dios y Mediadora de los hombres, son en la mente divina dos pensamientos inseparables. Las razones de esta unión no son extraordinarias ni difíciles de comprender. ¿No es una ley general que los seres produzcan otros seres semejantes á sí? Luego María, para dar el sér humano á Jesús, debe parecerse. Mas parecerse á

Jesucristo por el lado de su naturaleza divina, no era posible, porque esa naturaleza es incomunicable; y si la divinidad se introduce en esta generación, es por obra del Espíritu Santo. María por lo mismo será semejante á Jesús en el sentimiento. No hay duda en que una madre, capaz de querer dar la vida á Jesucristo para sí sola, no hubiera sido digna de ser Madre de Dios Salvador á quien reclamaba en holocausto todo el género humano: una madre tal hubiera detenido á Jesucristo cuando caminaba hacia el Calvario. Hay otra ley general que da á la madre derechos sobre su hijo. Jesucristo no vino en manera alguna á derogar esta ley, puesto que el Evangelio nota que Jesús estaba sumiso á María. Recibiendo María un imperio tan excelso, necesitaba, para desempeñarlo, los mismos pensamientos, los mismos afectos, la misma voluntad que Dios. Bajo este concepto, María debió conocer, y conoció efectivamente, todo lo que nos daba. Ella debió desear con Jesús aquel bautismo de sangre con que él deseaba ardentemente ser bautizado; ella debió enviar su Hijo á este bautismo, y ofrecernos como en dádiva su muerte, como nos ofreció su vida. Aquí está la razón de que una misma palabra, el mismo *fiat* que expresa la resignación de Jesús, al sujetarse al suplicio, se halle en el consentimiento de María al aceptar la dignidad de Madre. La maternidad divina no la daba motivo, al parecer, sinó para regocijarse y entregarse á dulcísimos transportes de gozo; pero la mediación, tan grande como terrible que la acompañaba, se la presentó con doloroso aparato, sugiriéndole únicamente estas tranquilas palabras: *Fiat mihi secundum Verbum tuum. ¡Fiat!* Hé aquí el suspiro, resignado y creador á la vez, que penetra hasta en los abismos, para reparar el culpable caos del mundo, y que nos atestigua, al propio tiempo, que nada de lo que va á ser rehecho será rehecho sin María. Consentid, Santísima Virgen, aceptad esta sangrienta maternidad, y venid á marcarnos la primera con la divina sangre de Jesús. Jamás olvidaremos que sois vos la que nos aplica el sello del Cordero, y que no habéis aceptado la dignidad de Madre de Dios, sinó para ser, sacrificando por nuestra salud á vuestro Hijo, la Mediadora de los hombres. De vos se anunció que aplastaríais la cabeza de la serpiente: armada os veo, y no con otras armas que con la sangre de Dios; sangre que perteneciéndoos, lleva consigo vuestros dolores y vuestros sacrificios, vuestros combates y vuestro triunfo; y yo empiezo á conocerlos. *Ipsa conteret caput tuum.*

Ahora ya podemos comprender el verdadero sentido, y toda la importancia de la promesa infalible de Dios, renovada en el curso de los tiempos á Noé, Abraam, Isaac y Jacob; promesa que mostraba por todas partes en María, asociada á Jesús, la salvación del mundo; promesa, en fin, que todos los Profetas traen al pueblo de parte de Dios, y en las cuales ocupa María su puesto de Mediadora. Si Isaías, describiendo su virginal maternidad, nos la presenta como poseyendo en sí misma, y arreglando, por decirlo así, las misericordias divinas, también Jeremías compara al Océano sus profundos y vastísimos

dolores: *Velut mare contritio tua.* Este pasaje que tan bien señala las angustias de Jesús muriendo en la Cruz, es asimismo aplicado por la Iglesia á María. Miqueas celebra la gloria de Belén, porque verá al Hijo de la Madre, mientras todos exhalan en sus cánticos sublimes la venturosa influencia del fruto bendito, y del seno que le concibió; sería demasiado largo indicar solamente todos estos oráculos proféticos; apresurémonos, pues, á concluir con San Efrén y San Atanasio, que desde entonces empezó María á ser verdaderamente Reina de los Patriarcas y de los Profetas, los cuales saludaban de lejos á la Virgen, como aurora y prenda á la vez de la salud; de forma, que todos sus oráculos se encaminaban á desenvolver aquella palabra primera. Una mujer quebrantarás tu cabeza: *Ipsa conteret caput tuum.*

No extrañéis, cristianos, que Dios mismo anuncie directamente á María y á Jesús. Todo lo grande y magnífico que sucede acá bajo, viene siempre precedido de señales precursoras de su llegada; por consiguiente, Jesús y María debían ser anunciados con mayor razón, sin duda, que todo lo demás. Pero sus nacimientos augustos no podían ser declarados sinó por el Cielo, como lo prueba el siguiente raciocinio. Miremos en derredor nuestro, y observaremos que todo se revela del mismo modo que ha de ser producido. El germen anuncia á la planta, la planta á la flor, y la flor al fruto, del propio modo que la aurora anuncia al día. Es decir, que á acontecimientos terrenales preceden signos en la tierra; á acontecimientos celestiales, signos en el Cielo. Siendo María el germen dichoso de nuestra salud, flor de una planta inmortal, fruto de bendiciones de lo alto, aurora, en fin, del Sol de justicia, no podía ser anunciada por voz alguna terrena. Únicamente el Cielo podía declarar, lo que sólo el Cielo podía producir; esto es: la Madre de un Dios, cooperadora con él de la salvación de los hombres. Anunciando así Dios á María, juntamente con el Salvador Jesús, atestigua nuevamente los elevados oficios de María, y su misión de Mediadora: *Ipsa conteret caput tuum.*

El tiempo en que han de realizarse tan consoladores anuncios está lejano todavía; y por lo mismo, ha de llenarse esta distancia con figuras y brillantes emblemas de la que un día debe aparecer en la tierra. Dios que no quiere dejar sin consuelo y sin esperanza á Israel, le da, mientras la poderosa Virgen aparezca, el nombre, la imagen, la sombra, digámoslo así, de ella. Todas las figuras que representan á María, á la vez que son grandes, traen el significado de reparación. María hermana de Moisés, Judit, Ester, Débora, estas salvadoras del pueblo hebreo, reflejaban la verdadera María; así como Moisés, Josué, Sansón y David representaban al Salvador de los hombres. Del mismo modo que Dios se había complacido en juntar siempre en sus promesas á María con Jesús, así también al lado de las figuras que representan á Dios Salvador, se descubren siempre los proféticos y vivos emblemas de nuestra gran Libertadora.

Tal es, H. M., la conducta de la Providencia, manifestada de siglo en siglo, hasta que se acercó el tiempo en que todo había de quedar